

PROMETEO

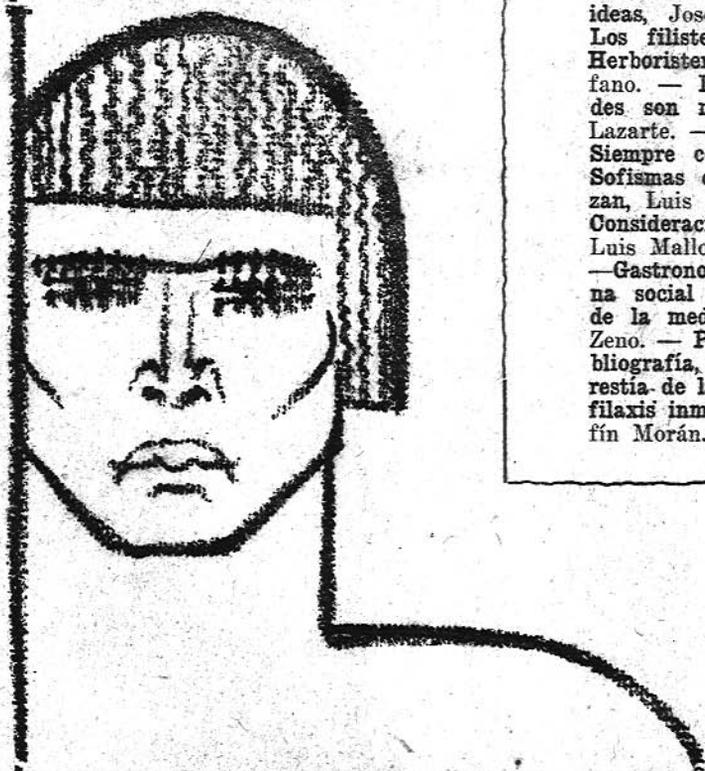
QUINCENARIO

Redacción y Administración: PICHINCHA 1023

PRIMERA
QUINCENA DE
SEPTIEMBRE 1919

SUMARIO:

Guerras civiles, F. Ricard. —
Si tienes hambre — decía
Malthus — aprétate la cor-
rea. — Dictadura proleta-
ria, Agustín Santos Fé-
rriaris. — El temor a las
ideas, José Torralvo. —
Los filisteos, Helios. —
Herboristería, Marcos Pro-
fano. — Las Universida-
des son malas, prof. J.
Lazarte. — Gerundiadas. —
Siempre como siempre. —
Sofismas que se entroni-
zan, Luis María López. —
Consideraciones actuales,
Luis Mallol. — El orden.
— Gastronomía. — Medici-
na social y socialización
de la medicina, Lelio O.
Zeno. — Paralelos. — Bi-
bliografía, F. G. — Ca-
restía de la vida. — Pro-
filaxis inmigratoria, Sera-
fín Morán.



Precio 10 cts.

PROMETEO

Redacción y Administración
Pichincha 1023

Año I

QUINCENARIO

Núm. 2

Numero suelto \$ 0.10
Trimestre adelantado. . . » 0.50

Buenos Aires, Primera Quincena de Septiembre de 1919

GUERRAS CIVILES

LA ANARQUIA ARGENTINA

La mayoría de los historiadores limitan sus estudios a simples observaciones sobre el desarrollo de una determinada institución. Para ellos, cuando esta institución ha logrado culminar en sus objetivos políticos y sociales, el futuro se presenta con tranquilos horizontes; parece como si la historia tuviera un instinto comprensivo que creara para la eternidad un modelo perfecto de sociedad política, un tipo acabado de organización social.

Muchos historiadores argentinos suponen, sin fundamentos serios, que las guerras civiles ya no tienen razón de ser en este país. Porque ya hemos realizado completamente la independencia y porque hemos creado un organismo político que armoniza, en el sistema federal, todos los intereses locales. Para lograr tal resultado ha sido necesario establecer el sistema proteccionista, crear la aduana para beneficiar las industrias del interior. Alberdi hacía notar, antes que nadie, que la aduana era un mal necesario para hacer cesar las hostilidades locales, las guerras civiles que por mucho tiempo ensangrentaron este país en el siglo pasado. Creado el organismo federal con sus instituciones armonizadoras y proteccionistas, las guerras civiles, en efecto, han disminuido casi por completo. Y los historiadores nuestros creen que ya hemos salido para siempre de la anarquía caótica para entrar en el bello paraíso democrático. El proceso histórico ha llegado a la etapa definitiva, y ya en nuestro ambiente la acción revolucionaria de los caudillos no encuentra materia real para explotar.

Este criterio de nuestros historiadores es muy cómodo y, sobre todo, muy burgués; lo cual dista mucho de ser verídico, real. En efecto, las guerras civiles argentinas han cesado, pero solamente en sus aspectos de guerras de la burguesía. La burguesía criolla ya no tiene motivos para fomentar revoluciones internas, puesto que el sistema proteccionista salva sus intereses. Si, por ejemplo, el gobierno federal suprimiera las tarifas que pesan sobre el azúcar y los vinos de importación, no tardaríamos en ver a Tucumán, Mendoza y San Juan, y quizá también otras provincias, levantarse en armas contra el mismo gobierno federal. Pero, las tarifas proteccionistas tienen apaciguados los ánimos de los rechonchos burgueses autóctonos. En este país, las guerras civiles burguesas — el hecho se repite en todos los países — se transforman en guerras civiles proletarias. El organismo político creado por la burguesía para la defensa de sus intereses, de ningún modo suprime de la vida social las causas de nuevas revoluciones, tan fatales y necesarias como las del pasado. Ya mucho antes de ahora, en los mismos albores de la independencia argentina, la plebe de este país se levantaba contra el egoísmo de los revolucionarios burgueses que aprovechaban para sí solos la obra de la revolución. Basta con recordar la guerra gaucha, al caudillo Güemes que era llamado *el padre de los pobres*, porque abrazaba la causa de los humildes. (En un libro del señor Pedro Lamy Dupuy, escritor uruguayo, leo que el caudillo oriental, Artigas, era también llamado *el padre de los pobres*; por lo visto, el egoísmo de los revolucionarios

burgueses ya encontraba resistencia en la misma aurora de la emancipación). Los gauchos que tenían su sistema de vida propio, que no reconocían la propiedad privada del suelo ni de la carne de los animales, se vieron obligados a trabajar a salario y con la prohibición de no carnear cuando tuvieran hambre. Sin embargo, la guerra de la plebe gaucha no duró mucho tiempo, desapareció en el caos de las guerras civiles burguesas que tendían a crear el sistema proteccionista.

Las guerras civiles burguesas distraían la atención y las fuerzas del pueblo. Por otra parte, el capitalismo aún no había desarrollado toda su potencia de explotación y no había lugar para que se creara un enorme ejército de proletarios despojados de todo lo más necesario a la vida. Es una verdad que en los países en los cuales el capitalismo no está muy desarrollado no existen causas revolucionarias de imperiosa urgencia para los trabajadores. Aquí había mucha tierra libre y mucho ganado y los soldados de las guerras civiles burguesas obtenían, al finalizar una campaña, buenos lotes de tierra, lo mismo que los soldados de las antiguas legiones romanas. Muchas grandes fortunas argentinas no conocen otro origen que ese; el hecho ha sido observado por el escritor francés Jules Huret en uno de sus libros de viaje por la Argentina.

Lo que ya no tiene razón de ser, efectivamente, en este país, es la leyenda de la América Dorada, país maravilloso y fácil para la improvisación de una fortuna en poquísimos días. El país ya está en manos de los capitalistas y como ya no existen guerras civiles burguesas de las que se podía sacar muchas leguas de campo en premio, el proletariado se ve forzado a mezquinar el salario de los burgueses. En otro tiempo, los burgueses se vieron forzados a mezquinar las libertades ruines que concedía la nobleza rancia. Los burgueses tuvieron poca paciencia y cuando se sintieron fuertes hicieron su revolución para sí solos. Ahora, tienen debajo a los proletarios, y como ellos consiguieron consolidar sus intereses creando un organismo político propio, afirman que vivimos en el mejor de los mundos y que todas las guerras civiles actuales no son más que agitaciones de profesionales que quieren vivir engañando al pueblo.

El señor Carlés, que, sin duda no conoce

bien nuestra historia, o la falsea si la conoce, cree que al proletario actual le basta con cantar el himno nacional para gozar de bienestar. Sin embargo, un escritor honrado, aunque burgués probablemente, burgués liberal, no cree que cantando el himno nacional se solucione el problema del proletariado; el señor Juan Alvarez, a éste es a quien me referiré más arriba, al estudiar las guerras civiles de nuestro pasado con un criterio muy realista abriga dudas respecto a la armonía de nuestro presente y futuro. En su estudio sobre las guerras civiles argentinas, al llegar a la época presente hace intervenir en la realidad social al proletariado, y teme, con mucho fundamento, que las guerras civiles vuelvan a resucitar con otro carácter. Aconseja al gobierno medidas políticas y sociales para prevenir el mal, para contener la anarquía caótica que implica la guerra civil. (El lector habrá notado que en este artículo empleo la palabra *anarquía* en su definición burguesa y no filosófica).

Pero, tales consejos quedarán archivados, como casi todos los consejos razonables. El Estado actual es genuinamente burgués a pesar, y en contra, de todos los partidos democráticos más o menos obreristas que colaboran dentro de su esfera. La burguesía tiene demasiado ingenio — el egoísmo es muy ingenioso — y siempre consigue esterilizar las leyes que pueden favorecer a los proletarios. No es probable que se pueda evitar la guerra civil. Esta ya existe, sino con carácter muy violento, suficientemente acentuada como para hacer dudar de la estabilidad de la organización social actual. La fuerza obrera adquiere cada vez más conciencia y cohesión. Cuando los proletarios se sientan fuertes, harán también su revolución violenta para romper las ligaduras que los ata al capitalismo. crearán un organismo político propio — tal vez el sistema de los soviets — e implantarán el comunismo como forma de la propiedad. Los patrióteros chillan endemoniadamente, porque se figuran que la patria tiene que mantener forzosamente las instituciones burguesas. Pero, patria y burguesía son cosas diferentes.

F. RICARD.

Si el cielo no tiene fin, la imbecilidad humana no tiene fondo.

Barret.

Si tienes hambre — decía Malthus — aprétate la correa

Parece que en Europa, hay apetito voraz, deseos incontenibles de comer o gula bestializada con síntomas de gallinero. Porque una cosa es tener hambre y otra cosa es “comer por vicio,” como opinan acertadamente, los filósofos almaceneros.

El hambre es sólida y complicada. Según los señores fisiólogos la produce el gran simpático. No hay causas exteriores ni sociales. Es un fenómeno intestino. El distinguido profesor Rasca Buches — director técnico del Sanatorium Papyrus — sostiene que el hambre la provoca un bacilo, llamado *microbius famelicus*. Este execrable tripanosoma se introduce furtivamente en el aparato digestivo, verificando estragos horripilantes. Primero, aparece atenuado, como ocultando su verdadera naturaleza y presentando la triste sintomatología de *hambritis parvulitis liliputiensis*; luego, progresa y cobra los caracteres de *hambritis croniquitis rabiosae*; y, a la postre, degenera en *hambritis fenomenalis barbaritis mostruosae*. Actualmente se hacen varios preparados en el Laboratorium Papyrus, entre los cuales, el más eficaz se llama *hambrina* o *famelina*. El profesor Rasca Buches, sentó al respecto, una nueva teoría. “El hambre — dice — es un efecto provocado por la falta de alimentación. El estómago se devora a sí mismo. Como resultado de esta tragedia aparece un microbio.”

Tenemos, entonces que el hambre no se debe a todas las paparruchas que inventan los sociólogos atacados del bacilus spartacus. Seremos más explícitos: el hambre (*hambritis*) se debe a las ganas de comer. En Europa es causada por la gula gallinácea de los trabajadores. Gula miserable y dramática, pretensión absurda de alimentarse todos los días, delirio de hartarse como los reyes del jabón y la mandioca. Desconocimiento absoluto del sistema de las tres A: albergue, alimentación y aire; porque los aliados se preocupan grandemente en remitir de yantar a los pueblos lesionados por el *microbius famelicus*. Ahora, si los pueblos padecen gula, entonces... ¡que se rasquen!

Todos los días se lee: “Viveres para aquí, viveres para allá. Salieron tantos o cuantos vapores, zarparon cuantos o tantos buques:

todos cargados hasta la coronilla de maíz, fideos y galletas.”

Lo que no se lee diariamente, es, si llegan estas cargas o no llegan, o si se las engullen por el camino.

Dictadura Proletaria

Es y será una fatalidad social. Dos razones la impulsan: la justificada necesidad de gozar en todo triunfo y la perentoria necesidad de asegurar un nuevo orden de vida. De ahí que, pequeñas discordancias, deben ser perdonadas en aquellos que triunfan. Más aún, si las causas que defienden, hacen extenso el triunfo, o una pequeña parte de él, a toda la sociedad colaboradora en el cambio social.

Y, aportando el triunfo de la causa comunista en Rusia un mayor bienestar para toda la sociedad, debemos darle la menor importancia posible a las discordancias que emergieran de determinadas actitudes, asumidas por Lenin o Trotzki. De cualquier manera, éstos, no son más que personajes transitorios. La historia no se detiene; para detenerse, deberíamos desaparecer nosotros. Y nosotros, existimos.

No rigen al mundo los triunfadores, sino los que no han triunfado. Ellos, son transitorios; nosotros, somos eternos. Condición inherente a la vida, es la lucha. Y, en ese terreno, estamos en mejores condiciones que los triunfadores; tenemos más ansias, más necesidad.

El triunfo de un grupo, es su derrota. Debemos tender al triunfo de todos, al triunfo de la humanidad entera.

Cuando la humanidad derrote al mal e imponga el bien, recién viviremos en pleno comunismo.

AGUSTIN SANTOS FERRARIS.

“NUEVA YORK.—Hace cuatro días que las tropas norteamericanas invaden el territorio mejicano en persecución de los “bandoleros.”

¿En cuatro días de invasión, el ejército norteamericano, no habrá encontrado una persona “honrada” por el camino?

Todos eran “bandoleros” ¿eh?

EL TEMOR A LAS IDEAS

DEPORTACIÓN

El hombre de *orden* tiene su perfecta definición psicológica en todas las anomalías del misonerismo. Y es hombre de *orden* todo aquel, cuyo espíritu adaptado y domesticado, teme las ideas que promueven los desplazamientos del presente y profetizan el porvenir. La inteligencia de este hombre aberrativo, no tiene ninguna solidez. Su pensamiento gusta de ir siempre cargado con una coraza de fuerza. En su alma no suenan los arpegios inefables de la cultura que comprende, explica, analiza e interpreta, sino los confusos rumores que expanden las sonoridades de la selva. Lejos de habitar una casa tejida con materiales de civilización, habita una guarida, como las fieras. Teme al pensamiento original y viril, como teme el salvaje el relampaguear de la atmósfera y el choque indignado de sus gases.

Apegado a las viejas rutinas de la existencia pobre y vegetativa, odia al semejante que ha logrado sacudir las éns sucesivos y contenidos esfuerzos espirituales. Pensar en el bien y querer el bien, tanto suyo como el nuestro, es desafiar su odio y exponerse al peligro de sus zarpas. En nombre de un orden que no existe, orden de reses regimentadas, disciplinadas, concita en contra nuestra todas sus fuerzas afines, esas fuerzas que empeñadas en ahogar el espíritu de la libertad, persiguen, encarcelan y deportan a los hombres libres. La ley, el derecho que la expresa, el gobierno que la encarna, todos los resortes que sirven para domeñar las nobles rebeldías, las tiene de su parte. A la invocación de la patria en peligro, todas las furias ordenadas se ponen en actividad. ¿Y qué es la patria en su mínima expresión geográfica comparada con la patria de amor que siente y anhela el hombre libre? En aquella patria se halla un pueblo que sufre por su misma pequeñez, pero en ésta se halla presente la humanidad, propulsando sus evoluciones hacia la perfección de su destino.

La grandeza de alma del hombre libre no es comprendida por el hombre de *orden*. Por esto lo deporta, por esto se envanece de que

haya niños que lloren la partida de sus padres, camino del destierro. Pero, ¿qué adelanta con resistir el porvenir con el presente, el bien con el mal, la libertad con la tiranía, el universo con la región, el hombre con la colectividad? Nada, nada. La atmósfera tropical de este siglo está lo suficientemente encendida, como para que puedan apagarla las fuerzas ciegas del misonerismo en acción.

LA IDEA

Si hubiera una cultura de interpretación racional, ningún pueblo, en nombre de la patria, ni ninguna justicia, en nombre de la ley, se atrevería a perseguir las ideas en la persona de sus intérpretes sentimentales. La idea que sintetiza la doctrina de una vida deseada, puede llegar a ser un órgano de función en el espíritu humano; pero puede también no llegar a ser nada o a ser muy poco. Hay ideas que tienen nervios, presencia y destino; y hay otras, en cambio, que por falta de consistencia biológica concluyen por disiparse, como se disipa la fantasía en sus momentos más exuberantes de inspiración.

La cultura que no sabe interpretar el destino de las ideas debe maldecirse, como los hombres libres maldicen la esclavitud, y como los hombres buenos maldicen piadosamente los atributos del hombre malo.

¿Por qué son combatidas las ideas por los nombres que representan? Ah, esto es de ignorantes. Y si decís que tales nombres son los sustantivos de quiméricas doctrinas, ¿por qué no permitís que la quimera pierda sus encantos y muera por vuestras razones, por carencia de verdad y de vitalidad? Pero si esas doctrinas traen consigo un nuevo destino que está en el hombre, en el universo, en la evolución y en la vida, ¿por qué las combatís? ¿Qué salvajismo!

Pienso en los hombres que por sentir una idea quimérica o de destino, son conducidos al destierro, tan bárbara, tan odiosa y tan inútilmente. Una sociedad culta discutiría esa idea, la examinaría, la criticaría, pero no haría víctimas de un odio sistemático a los que

incurren en el placer sano de sentir las y decir las.

La idea ha de ser o no ha de ser. Y tanto en un caso como en otro pierden su tiempo los hombres, los pueblos, las sociedades que la temen y la combaten. El avance humano, siempre basado en una idea de destino, se sintetiza en ese dilema ineludible.

JOSE TORRALVO.

LOS FILISTEOS

El espíritu prosaico y simplista del filisteísmo está en pleno apogeo. Flota en el ambiente como un aire maléfico. Todas las manifestaciones de la actividad humana, parecen precedidas por ese espíritu mercantilista del filisteo. Ellos, son los que valorizan y juzgan las diversas manifestaciones de la vida. Sanchito Panza vive entronizado como una deidad moderna en ese espíritu excesivamente práctico de nuestra época. La religión del filisteo es el comercio. Y el comercio ha sido siempre una depravación del carácter. Desde la cátedra al parlamento, que es el último refugio de los inútiles, están en poder del filisteo. El abdomen característico del filisteo es todo un símbolo de las democracias. La calvicie es un signo elocuente e irrefutable de sapiencia. El criterio metalizado de ese paquidermo es una autoridad en todo. Lo mismo en jurisprudencia, que es la ciencia de jorobar legalmente, como en la fabricación de embutidos con carne de caballo: en ambas industrias el filisteo se desenvuelve a las mil maravillas. Para los mofletudos filisteos, la inmutabilidad de las instituciones, de las ideas y de la moral, es un progreso. La civilización consiste en vestirse a la moderna y vivir y pensar a la antigua. De ahí les viene el acendrado culto a la tradición. Son tradicionalistas por temperamento. Cuando no se puede ser evolucionista y revolucionario, se tiene que ser fatalmente tradicionalista, es decir, filisteo hasta la muerte. El día que hayamos conseguido liberar la vida de las garras de los filisteos, ese día podrá la humanidad celebrar la fiesta de su emancipación.

HELIOS.

HERBORISTERIA

El señor Perfecto Bustamante, naturista sedoso y filósofo a la violeta publicó cierto libro que parece un catálogo o cierto catálogo que parece un libro.

En la tapa colocó su retrato, sin sombrero; en la primera página, otro con sus vástagos; y, en la tercera, se retrató con sombrero y todo. Aquí, creyó conveniente estampar al pie una aclaratoria que dice: "Este retrato se publica como garantía contra las falsificaciones, no por exhibicionismo."

Semejante aclaratoria no explica nada. Haría que pedirle la explicación de la explicación. Cualquiera se pregunta, para qué se ensarta, entonces, el primero y el segundo retrato. Porque el primero está puesto así no más. Dice: "El señor Perfecto Bustamante." A secas. ¡Qué modestia!

A nuestro juicio falta algo. Debía haber puesto al primero: "El señor Perfecto Bustamante en cabeza." Al segundo: "El mismo y su prole." Y al tercero: "Ídem, ídem con galera." Si a esto añadimos que los naturistas suelen retratarse desnudos o en camisa, tendremos un cuarto: "El señor Perfecto Bustamante en camisa o como lo hizo su mamá."

Hay hombres que tienen aserrín en la cabeza. Los naturistas son tan ladrones como los boticarios, con la diferencia que éstos poseen cierta cultura mientras aquéllos son unos perfectísimos ignorantes.

Veamos sino lo que dice nuestro hombre en la página 13: "Los purgantes, las píldoras y las aguas minerales hacen más víctimas que el alcoholismo. Son venenos que matan, tarde o temprano."

En la página 31, recomendando siempre sus productos, agrega: "Se bebe esta agua en ayunas y a los 15 minutos se toma un buen purgante de aceite castor."

En otro lugar, dice: "El uso de esta yerba evita tomar purgantes que arruinan la salud."

Al prologar su obra se desata contra la ciencia de curar: "¡Es el comercio descarado, el progreso, el arte moderno de engañar y engañarse: el mercado y la especulación!"

Sin embargo, termina la apología de cada artículo, colocando su tarifa comercial: "Precio de cada paquete 16 \$ m|n." Esto, sin contar que la "casa está inscrita en el registro nacional de comercio."

Pero, el señor Bustamante no es un comerciante vulgar: no expende "preservativos" ni introduce libros sicalípticos "para hombres solamente." Tiene palabras durísimas para los "seres máquinas de copiar, negados y nulos; y para Koch, a quien llama con lástima: "El padre de todos los bacilos."

Entre tantas verdades "naturistas," descubrió que el hombre nace por "generación espontánea." ¡En guardia!

"Nace uno por espontánea evolución natural en medio de una vibración espontánea también de fuerzas vitales infinitas que se ponen al servicio del recién nacido espontáneamente. Es decir, el feto se incorpora espontáneamente y por afinidad natural entra a formar parte del concierto universal de la vida común de la naturaleza natural."

Habría que desenterrar a Darwin para solucionar este galimatías.

Bien es que el autor conoce su flaco: "La ignorancia en que vivimos encerrados (?)"

" y el egoísmo de los que trafican con drogas " nos convencen que "eso" nos envenena y " nos mata " prematuramente."

"Eso" no está claro: puede ser la ignorancia como las drogas.

En síntesis: para el señor Bustamante, la ciencia, no cura; las drogas, envenenan; la carne, es peor que el ácido sulfúrico; los purgantes arruinan la salud; en cambio, recomienda sus yerbas andinas que estrangulan al cáncer y hacen papilla los hemorroides (almorranas) y la lombriz solitaria.

Las drogas son productos de la naturaleza: no caen del cielo. Al señor Bustamante si le diéramos a comer tres kilos de porotos, reventaría como un garbanzo. Si le diésemos cáscaras de mandioca, creparía. Una infusión de estrienina — que es una planta — lo llevaría "naturalmente" a la Recoleta.

Volvemos a repetir: hay hombres que tienen aserrín en la cabeza.

MARCOS PROFANO.

Las Universidades son malas

No trascienden al pueblo; no tienen función social: son inútiles y parasitarias. Nacidas en la edad media, conservaron a través de los tiempos su carácter netamente medioeval.

Tal vez en aquellos lejanos tiempos tuvieron como instituciones nuevas una importancia grandísima en la educación teológica y escolástica, importancia que fué disminuyendo hasta desaparecer completamente en nuestros días. El progreso no tuvo sobre ellas ninguna acción renovadora fundamental. Se modificaron detalles; avanzó, a su pesar, la ciencia que enseñaban; pero, las líneas generales no se alteraron en lo más mínimo; el espíritu, la tendencia y los sistemas, permanecieron inmutables contra todos los vientos de transformación.

Por su naturaleza y origen, fueron siempre aliadas fieles y absolutas de la iglesia e instrumentos ciegos del estado. Fueron, además, una traba puesta al progreso de las colectividades y del pensamiento humano.

La historia de las luchas entre revolucio-

narios del arte, la religión y la ciencia, contra las universidades, es harto conocida.

Aún en nuestros días se libran batallas formidables entre ellas y los impugnadores de la ciencia oficial, troquelada y cataléptica. Marx y Kropotkín, estuvieron desterrados de todas las universidades hasta hace apenas pocos años. La evolución y el darwinismo se adoptaron después de medio siglo de espera.

Los padres de la ciencia, aquellos que marcaron rumbos inmortales, jamás salieron de las aulas. Los verdaderos sabios nunca se disfrazaron de riquísimos doctores para obtener ganancias fabulosas ni representar la farsa de la justicia para perjudicar y oscurecer las relaciones sociales como hacen los abogados, parásitos y leguleyos. No explotaron la salud pública y privada, lucrando desvergonzada e inmoralmemente con la vida y con la muerte.

En nuestro país, las universidades están divorciadas con el pueblo. Los proletarios no pueden entrar. Son templos de la ciencia para los elegidos; es decir, para quienes estén

en condiciones económicas inmejorables: para los burgueses.

Sin embargo, el pueblo costea sus gastos: paga profesores, construye, sirve de lacayo, limpia, barre, suda y se presta como anima vili al bisturí de los experimentadores.

Las universidades son incubadoras de parásitos.

Ya cuando todo el mundo reconoce la capacidad progresiva del proletariado, llamando al siglo veinte, "siglo de los obreros," es un anacronismo que las aulas no se ocupen en absoluto—fuera de uno u otro ensayo desgraciado de vulgarización o extensión—de las clases trabajadoras.

La acción ejercida por las universidades sobre los cerebros jóvenes sometidos por algunos años bajo su influencia aplastadora, es absorbente y esterilizante. Allí, se pierde la originalidad, el carácter desaparece y la personalidad se diluye. Bajo la disciplina militar de códigos y reglamentos, libros y profesores, programas y exámenes, sandeces y aberraciones, se forman autómatas y pasmarotes.

Apenas si unos pocos cerebros se salvan de la catástrofe. ¡Hasta se aprende a ser estudiante!

Además, la política y la mentira las contaminaron por completo. Son, pues, doblemente malas: por su origen o significado y porque la burguesía las hizo eje de todas sus inmoralidades.

Los trabajadores ya saben: las universidades, instituciones de privilegio crean a su vez, privilegiados, desconociendo siempre la capacidad del proletariado universal y torciendo las normas sencillas de la justicia humana.

PROF. J. LAZARTE.

GERUNDIADAS

La "Patria degli Italiani" — órgano y levadura de los peninsulares fanáticos — dedica un comentario kilométrico a Gabriel D'annunzio, porque en breve, el "divino petulante" realizará la travesía aeronáutica Roma-Tokío, con el modestísimo propósito de añadir un nuevo título al museo de sus pergaminos. El órgano mencionado, en otra noticia de tres líneas, dice con misericordia, que en Milán se presentaron centenares de mecánicos, ofreciéndose espontáneamente para efec-

tuar el mismo vuelo, sin pretensiones de ninguna especie.

El "divino petulante" es un bluff ambulatorio. No tiene un pelo de zonzo y a pesar de su estatura diminuta sufre fenomenalismo megalomaniaco. Zoiza Reilly, en cierta ocasión se fué sin saludarlo por no darle un puntapié, perdiendo así, la única oportunidad de hacer algo como la gente.

Cuando pensamos en este puntapié malogrado, nos preguntamos con dolor: ¿Por qué, en vez de hacerle un ofrecimiento literario, no le dió sencillamente, una bonita pateadura?

Los tiempos cambian; la táctica de los fariseos no evoluciona

SIEMPRE COMO SIEMPRE

Durante la guerra interimperialista, los aliados empujaron el mundo, mediante la prensa mercachifle, soltando groserías y bestialidades al pueblo alemán.

Desde el principio al fin, la ofensiva periodística, no cambió de táctica. Los "colosos", al compás de estruendos y sirenas, abrían sus cloacas: "Alemania tiene la culpa, El kaiser, es un asesino. Su hijo, un borracho. Hindenburg, un criminal nato. El terror germano. Descuartizamiento de criaturas en Bélgica. La brutalidad aquí, el despropiamiento allá. Desolación y muerte: fin del mundo."

Hoy, la campaña difamatoria tomó otro curso. Los aliados echando en saco roto, aquello de "la barbarie germana" se confabularon con Sheidemann, Noske y Cía., para arrojar sobre el pueblo ruso un vómito negro de injurias y falsas informaciones.

Tenemos que los "colosos", nuevamente, abren sus cloacas, apuntando para otro lado: "Atrocidades maximalistas. El terror en Rusia. El asesino Lenín. El criminal Trotzki. Las ordas antropófagas del soviét. El canibalismo rojo. En Petrogrado se juega a las bolchas con cabezas de burgueses. A los nobles se les hace cavar sus tumbas antes de ser fusilados. La ferocidad aquí, la bestia desencadenada allá. Hambre y miseria. Caos y banarrota. ¡Horror! ¡Ah! ¡Oh!"

¡Follones, malandrines, menguados, jesuitas!.. Pánico es lo que tenéis vosotros ante el avance incontenible de la transformación social.

SOFISMAS QUE SE ENTRONIZAN

Nos parece de actualidad, en estos momentos de aguda reacción conservadora, discurrir sobre los conceptos de evolución y revolución.

Sólo la ignorancia, la timidez o la pusilanimidad, pueden inducir a los trabajadores a mirar con horror y espanto la posibilidad de un cambio brusco y repentino en las normas sociales vigentes, para establecer un régimen de vida más lógico y humano.

Los que en la detestable sociedad burguesa actual, tienen odiosos intereses creados o usufructúan de algún privilegio absurdo, que la revolución social haría justamente educar, son los únicos que verdaderamente la temen, y tratan de evitarla por todos los medios que la posesión del poder pone en sus manos.

Todos los gobiernos de clase que se han sucedido en la historia, han surgido al poder por medio de brutales procedimientos de fuerza, y, aparentando ahora olvidar su origen, cuando todo en el mundo hace crisis, claman alarmados contra aquellos que preconizan la revolución social, como el único medio positivo y eficaz de llegar al logro efectivo de la libertad y al pleno goce de todos los bienes que la bendita madre naturaleza nos prodiga, y los que el trabajo emancipado proporciona.

La burguesía sabe tan exactamente como nosotros que entre los términos de evolución y revolución no existe un contraste de paz y de guerra, de antagonismo y diferencia, como pretende hacer creer al pueblo ingenuo e ignorante, por medio de sus portavoces y de su prensa a sueldo. La burguesía necesita de la mentira y del engaño para subsistir. Por eso ha confiado a una legión de pseudointelectuales, sin escrúpulos ni conciencia, y espléndidamente pagados, la infame tarea de pervertir y dogmatizar las inteligencias que no han podido emanciparse por su propio esfuerzo. Son ellos los corifeos y los sofistas sistemáticos al servicio de una clase social sibarita y desalmada.

Una prensa mercantilista y venal contribuye también a la realización de estos fines innobles.

De este modo, obrando en connivencia y de concierto, tejen una apretada red de so-

fismas y concepciones falsas, que asimilan sin previo análisis, por lo mismo que están incapacitados para hacerlo, los hombres que viven aún esclavizados a las costumbres rutinarias y a los prejuicios añejos de esta sociedad enferma y decrepita.

Colaboradores en la perpetuación del sistema capitalista, son también los llamados evolucionistas, enamorados de la plácida calma y de la frase de Linneo: "Natura non facit saltus," para quienes el progreso humano sólo es concebible marchando a compases regularmente isócronos sobre los artificiales carriles de la legalidad.

Compárese todo esto, súmense luego los innumerables procedimientos de coerción y de violencia que la burguesía aplica despiadadamente contra los núcleos genuinamente revolucionarios que la combaten, y se comprenderá entonces cuán difícil y áspera se hace la lucha para ellos, empeñados como están por conseguir dar nuevas formas a la humanidad.

Trabajadores hay que, por un sentimiento casi instintivo, rechazan con vehemencia la idea de la revolución, aunque sinceramente aspiren a una transformación profunda de la sociedad capitalista, de la que tienen la evidencia y la convicción que es mala y detestable, pues sienten todo el peso de ella en carne propia.

Otros hay que, por egoísmo puro y muy humano de vivir una vida mejor que la que llevan en esta sociedad de monstruosas desigualdades, aceptan con simpatía la revolución, al mismo tiempo que trabajan para evitarla, temiéndola como a un terrible cataclismo que, según su criterio simplista, determinaría el caos y el desencadenamiento tumultuoso de todos los odios que el pueblo obrero ha acumulado en su espíritu, tras largos siglos de esclavitud y de vejámenes sin nombre. Profunda ignorancia que es menester disipar.

Sueñan ellos con la sociedad del porvenir, la desean, la aman; saben que ésta no podrá surgir espontáneamente por obra milagrosa de la providencia, sino de los hombres; pero, con todo, no se deciden. Son seres de pensamiento exiguo, incompleto, de más imaginación que conocimiento de las ideas, idealistas

híbridos a quienes falta el motor de la voluntad, el hábito revolucionario que mueve a la acción.

Entre los revolucionarios y los que luchan desesperadamente por aferrarse a lo establecido, los evolucionistas "sui generis," legalitarios empedernidos, actúan como fuerza de equilibrio en esta enconada lucha de clases. Proclaman que todo cambio estable y duradero ha de lograrse por obra automática de la evolución, cuyo ritmo, ordenado y tranquilo, está sujeto a leyes naturales e inviolables. Para ellos la revolución es sinónima de destrucción, de desorden, de confusión y de caos.

¡Sofistas! ¡Embusteros! Las leyes naturales que invocáis demuestran precisamente lo contrario. Ahí está todo el proceso de la historia hablando con elocuencia de formidables revoluciones, gracias a las cuales la humanidad ha podido alcanzar horizontes más amplios y derroteros luminosos para orientarse; revoluciones que han sido y serán siempre la culminación prevista de un largo ciclo evolutivo, durante el cual se gestan gradualmente formas de más en más perfectas, que al llegar a su punto de sazón suben bruscamente a la superficie para imperar por un tiempo. Es, pues, la práctica de la historia y la ciencia las que están ahí para probar que la evolución y la revolución son cosas inseparables y complementarias.

Los que dan una interpretación unilateral a la evolución, considerándola como un fenómeno independiente de la revolución, pertenecen moralmente a dos mundos distintos y contradictorios: al que, juzgándolo imperfecto e injusto, combaten ineficazmente, por medio de expedientes inocuos, harto conocidos; y al mundo imaginario que vislumbran como un Edén terrenal, que jamás alcanzarán, mientras no cambien sus procedimientos de lucha.

De este modo, los pseudoevolucionistas se ven forzados a consumir continuas apostasías y traiciones, tanto en el campo burgués, donde vegetan y constituyen un débil fermento de disolución, como también en las filas revolucionarias, en las que son un lastre pesado, una fuerza inerte y negativa.

Por encima de las humanas fuerzas estatales coaligadas, están las leyes inmanentes de la naturaleza.

Todo lo que se mueve y palpita en el macrocosmo: los cuerpos brutos, en aparente es-

tado de inmovilidad, los seres organizados, la microscópica célula, el imaginario átomo, los mares y los continentes, los inconmesurables mundos y soles que pueblan el infinito espacio etéreo, toda la materia, en fin, es arrastrada por el torbellino perpetuo de la evolución.

De ahí que las sociedades humanas no sean una cosa estancada e inmutable, que se prolongan y subsisten sin transición en el curso de los tiempos. Todo en la naturaleza es una eterna gestación de vida. Todo lo que existe está formado por una reunión de átomos, que se transforman sin tregua, perennemente.

En todas las épocas y en cualquier punto de la tierra donde vegetan colectividades humanas, hombres hay que se declaran conformes con los progresos de la hora en que viven, considerándolos insuperables, como si el límite de la audacia y la capacidad mental de la especie, hasta allí sólo llegaran. Son zánganos de la colmena social, perezosos mentales, retardatarios, satisfechos de la vida, que pretenden hacer de su incapacidad y de su inercia una ley general.

Detenerse es imposible, hay que accionar en un sentido u otro, pues el movimiento propio de la vida nos arrastra sin poder resistirlo. Mientras el reaccionario se mueve para conservar lo arcaico y apergaminado, el idealista revolucionario pugna por orientar la vida hacia principios de justicia y de progreso. Son las dos eternas fuerzas cuyo antagonismo determina la acción, acicateando a las inteligencias, que buscan nuevas verdades, impidiendo, en una palabra, que la humanidad se momifique y se estanque.

Cuando los viejos moldes son ya demasiado estrechos y precarios para contener la vida, siempre en continuo crecimiento y desarrollo, ésta concluye por vencer violentamente las barreras artificiales que tratan de resistirla, para desbordar en busca de libertad. Tales son las revoluciones.

LUIS MARIA LOPEZ.

UN DEBER

**LA PROPIEDAD ES UN ROBO; QUIEN
RETIENE PARA SI ESTA HOJA ES UN
LADRON: ¡QUE CIRCULE!...**

Consideraciones actuales

Toda transformación tiene siempre dos grandes obstáculos que vencer: el prejuicio del pasado, y la nueva adaptación del porvenir.

La historia nos da siempre sus ejemplos. Por eso que un sociólogo dijera: "Cada revolución tiene, por fatalidad, su día siguiente."

El hombre, y no sólo el que vive en la ignorancia, sino también el que marcha en la primera fila de los hijos del saber, lleva un lastre inveterado que lo ata: el apego instintivo a la tradición.

Todo cambio lo asusta. Le parece que es preferible lo malo conocido que lo bueno por conocer. Se dijera que es el miedo, quien reina todavía como ley de la humanidad.

He aquí el primer gran obstáculo de toda transformación.

El segundo es la dificultad de la nueva vida, del nuevo vivir, de la adaptación. Ya lo dijo, en pocas palabras, hace mucho tiempo el loco sublime, Nietzsche: "Hay oídos viejos para músicas nuevas."

Y es que siempre lo nuevo demanda inteligencia. Demanda de los hombres un estudio y un raciocinio que lo dirijan en el camino que comienza. En el nuevo sistema que, forzosamente, y por la ley invariable del proceso, diferirá en muchos errores de las maneras y las normas antiguas.

De ahí la necesidad imprescindible de la cultura en las masas, y tanto o más que en las masas, en los individuos.

No basta una transformación, no siempre buscada, y en ocasiones diría acelerada por las circunstancias, para fijar al mundo estas más superiores de convivencia social.

Dígalo sino la obra, proficua dentro de lo sangrienta, de la última barbarie europea. A la enunciación de un postulado de justicia y de amor, ha reaparecido el sentimiento bárbaro de la fuerza. No en todos, ciertamente; pero sí en muchos.

Han surgido los inveterados obstáculos: la fuerza de la tradición o el apego al ayer de unos, y el miedo a lo nuevo o la incompreensión del porvenir en los otros.

Sin embargo, y eso hace que tengamos cada día mayor esperanza, esta vez el despertar de los pueblos se acentúa, y aunque las revoluciones actuales tengan también "su día si-

guiente," es difícil que volvamos al ayer. El progreso del porvenir está dictado.

LUIS MALLOL.

EL ORDEN

"España.—(Especial para "La Voz del Comercio").—Reina la más angustiosa miseria. Maura, come como de costumbre. Turbas de hambrientos recorren la ciudad dando diente con muela y cantando el himno de libertad moderna: "¡Queremos pan! ¡Queremos pan!" Gracias a la actitud encomiable del gobierno que desplegó gran número de fuerzas y ametralladoras, el orden no fué alterado."

El orden es muy elástico. El jugador entiendo por orden que no se lo interrumpa mientras juega aunque se juegue la camisa y los botones de la bragueta. El glotón, que no se le incomode en su banquete; el usurero, en su tarea esquiladora. Lo mismo le ocurre al asesino mientras mata y a la prostituta cuando se vende. Si las bestias tuviesen diccionarios, el burro entendería por orden, no interrumpirle, mientras repartiese coeces a la marchanta.

En España, aquí y en todas partes, el orden es problemático. Es cierto que cada pueblo tiene el gobierno que se merece, pero, en las manos de cada pueblo está el echarlo a pique o dejarlo a flote.

El orden actual produce constantemente el desorden; habría que dejar operar al desorden, a ver si de esta manera se consigue el orden verdadero.

GASTRONOMIA

Payró, autor de obras revolucionarias que ha probado ser un conservador de siete suelas, arribó a nuestras playas. El intelectualismo oficial, le amenaza con un banquete. Nuestros intelectuales se distraen de los trabajos de la inteligencia, llenándose el estómago. Pues, no se trata de un banquete de ideas, sino de un banquete gastronómico, en el cual habrá indigestiones y borrachería.

Payró que es socialista, aprovechará la ocasión para endilgarnos algo sobre la Rusia comunista. Entre las tantas "atrocidades" que cometen los bolchevistas, hará resaltar, indudablemente, la "atrocidad" de dejarse la barba larga...

¡Salud, Tartarín de Tarascón!

Medicina social y socialización de la medicina

I

Hace años que higienistas y clínicos fundaron sobre bases científicas, las medidas preventivas contra epidemias y enfermedades.

Hoy, no se discute seriamente el "fatalismo" de las enfermedades; así como tampoco aquello del "genio epidémico," entidad fantástica que provocaba catástrofes y plagas devastadoras.

Las cloacas, el drenaje de suelos palúdicos, la caza del mosquito trasmisor de la fiebre amarilla, en una palabra: las conquistas de la higiene, despejaron por completo el misterio del "genio epidémico."

Otra verdad indiscutible, es que, el desgaste orgánico por exceso de trabajo, mala alimentación, explotación del proletariado productor, penurias de la maternidad precaria y menesterosa, vale decir: miseria social, es factor del noventa y cinco por ciento de las enfermedades.

Y no vengan a decirnos los señores burgueses que estas son opiniones "utopistas," engendros de un cerebro "caótico" ofuscado por ideas "anárquicas."

Guido Baccelli, senador italiano, eminencia clínica reconocida por todo el mundo científico, dijo en un congreso médico:

"El diagnóstico exacto, es la soberana potencia del clínico; porque el diagnóstico exacto es de imprescindible necesidad para efectuar la cura. ¡Y bien!.. El diagnóstico está hecho: gran parte, muy grande, del pueblo, yace atacada por la miseria, y ésta, es la causa de todas sus degeneraciones."

No se trata de una declaración aislada. Hace tiempo que los grandes pensadores vienen diciendo: se ha nacionalizado correos, telégrafos y educación, ¿por qué no se nacionaliza la salud?

Respondiendo a tales necesidades, surgió un movimiento cuyo propósito consistía en estrechar al médico con el político: legislación de la medicina o medicina social política.

Admitiendo la buena intención de quienes provocaron semejante movimiento, nosotros lo rechazamos, porque se funda sobre el estado actual con todos sus errores y preju-

cios. Léase sino, lo que afirma uno de sus más infatigables paladines, Tropeano, profesor en la universidad de Nápoles:

"La medicina social es una disciplina que tiene por objeto sintetizar y vulgarizar los resultados prácticos y científicos de las diversas doctrinas biológicas y sociales, informando costumbres y leyes de pueblos y gobiernos, con el propósito de tutelar suficientemente la vida física, moral y económica de las naciones, disminuyendo la morbilidad y mortandad humanas, prolongando la vida media de las clases pobres y mejorando la especie."

Subrayamos doctrinas biológicas y sociales diversas, porque es el punto más delicado de la cuestión. Doctrinas, pero no hechos adquiridos. En cuanto a vulgarizar las susodichas doctrinas diversas, es algo vago, infuso y confeccionado. Se aplicaría indudablemente la doctrina sociológica burguesa que acepta y perpetúa el prejuicio de clases, como lo indica eso de *prolongar la vida media de las clases pobres*.

Semejante absurdo, está en pugna con las conquistas de la ciencia biológica, que no admite desigualdades entre los hombres, ante las leyes naturales.

Lo grave del caso, es que, el movimiento en cuestión, pretende cristalizar sus aspiraciones redentoras, fomentando escuelas especiales, y creando, dentro del engranaje estatal, un nuevo ministerio.

He aquí una nueva forma de explotar las ciencias, con que se nos amenaza. Así resulta del voto formulado en el primer congreso de medicina social e higiene pública, el cual recomienda con ceremoniosa gravedad: "la necesidad de imprimir vigor y eficacia mayores a los estudios que se refieren a la medicina social e higiene pública; afirmar con hechos la trascendencia de la medicina pública; recomendar que se introduzca en los estudios universitarios una modificación que permita obtener la formación de médicos versados en todas las técnicas y disciplinas de la sociedad y de la vida.

"Reclama, asimismo, que, en el más breve término, se concentren, poder y medios, fa-

"cultades iniciales y activas, en materia de salud pública, con la fundación de un *ministerio de higiene, trabajo y beneficencia pública*."

Esto significa un ministro, dos secretarios, cuatro jefes y cien chupatintas.

¡No, señores papirólatras! No se trata de crear cátedras especiales para estudiar medicina social, cuya misión consiste en resolver el problema de la miseria. No se trata, tampoco de añadir al podrido edificio político un nuevo ministerio, para que unos cuantos holgazanes hagan como que trabajan. ¡No! ¡No y no! Esto es especular cínica, desvergonzadamente sobre la idea madre; es tomarle el pelo a la ciencia.

La ciencia, ya se ha expedido. No hay más que hablar. El problema consiste en conquistar tierra, aire, luz, agua, alimento sano; igualdad, libertad y justicia. Estos medios no se conseguirán mediante la verbosidad de políticos energúmenos o pedantes catedráticos, sino merced a la emancipación violenta, conquistada por el esfuerzo del proletariado organizado y conciente.

II

La socialización de la medicina es el concepto opuesto a la medicina social. Tiene su razón de ser, hoy que todo tiende a socializarse—tierra, medios de producción, artes e industrias—de acuerdo con las tendencias marcadamente comunistas, propulsoras del actual movimiento revolucionario.

La facultad de medicina es una institución privilegiada, con amplios poderes para imponer medidas sociales y rechazar toda ciencia que no sea la oficial. Es un ejemplo viviente del sistema autoritario bajo el cual nos desarrollamos, que pugna contra el principio de igualdad social. Su enseñanza sólo la dispensa a una clase determinada, no precisamente la más capacitada, sino aquella que puede pagar las cuatro cuotas anuales.

La sociología, sin embargo, se encarga de inculcar el principio comunista cristiano: "quien no trabaja no come," por cuya aplicación llegaremos a nivelar económicamente a los hombres. No teniendo en cuenta los prejuicios de clase, profesión ni credos, nos elevaremos todos a la categoría de trabajadores.

Considerando al médico, ante todo como hombre con necesidades y flaquezas, la comunidad tratará de emanciparle económicamen-

te, a fin de que pueda desempeñar su misión, libre de torceduras.

Así como la emancipación económica del pueblo elevará la moral de los actuales obreros, así también elevará la conducta de los erróneamente llamados trabajadores del cerebro.

Sabemos que estas razones no valen nada para el médico contemporáneo. Encanallado en el régimen capitalista, afeminado y podrido en prerrogativas injustas, se opone al concepto revolucionario de socialización de la medicina.

Será por obra y gracia de una transformación violenta que la humanidad conseguirá no sólo la independencia económica—base de todas las libertades—sino también la permutación del médico curandero, en médico higienista, sacerdote de la salud.

LELIO O. ZENO.

PARALELOS

Dos chicos robaron aquí un riñón y originaron un proceso de 150 infolios; en Corrientes, hubo un desfalco de millones en el cual se hallaba comprometido cierto diputado candidato a la gobernación, y la cosa se arregló a vuelta de correo.

Muere un cogotudo y el periodismo le aplasta de una truculenta necrológica: llantos de tinta china y cruces de linotipo; fallecen doscientos pobres diariamente y los aplastan a terronazos versus la Chacarita: lágrimas de barro y suspiros de pico y pala.

Wilson pronuncia una ganeza y el telégrafo inalámbrico se estremece de pie a cabeza; el zapatero de la esquina dice cosas de peso y nadie le lleva el apunte.

Por predicar la violencia contra las instituciones — no contra los hombres — Biondi y Rozales son condenados a seis años de prisión; Napal predica en público la violencia contra los hombres — no contra las instituciones — y nadie lo mete en la cárcel.

Spinoza — cerebro despejado como una nebulosa — decía: "Ser o no ser; lo que es, es; lo que no es, no es; ergo, somos o no somos; si somos, somos; si no somos, no somos."

De esto se desprende, entonces, que existe dos maneras de ver las cosas: con la cabeza y con las patas, a través de una jaqueca canicular o de unos sabañones invernales.

BIBLIOGRAFIA

"Frente a la vida," por Carlos N. Rocha.

Es un libro meditado, vigoroso y sano; fruto de un corazón que ama la justicia y un cerebro que busca la verdad.

Aunque no falta cierta energía crítica, prima, no obstante, la influencia mística de la filosofía tolstoyana; elemento que nosotros reemplazaríamos con la lógica positiva de Kropotkin o con la palabra cortante y encendida de Malatesta.

La destrucción de lo arcaico, de lo viejo y de lo establecido, la creemos necesaria, urgente, indispensable.

Seamos videntes: a nadie escapa la magnitud del momento histórico que atravesamos. Todos vemos y sentimos que entre los hombres se está gestando algo colosal, incomparable y único. Asistimos a una renovación fundamental: vuelan tiranos, saltan déspotas y se precipitan en el abismo, repúblicas y monarquías.

La prédica revolucionaria, la concreción material del credo comunista, están a la orden del día. El telégrafo no hace más que transmitir huelgas, disturbios y reivindicaciones. Vivimos en constante tensión espiritual. Todos los días recibimos nuevas sorpresas. Terminaron, pues, las contemplaciones filosóficas, los cantos líricos y la música celestial.

Creemos firmemente que la transformación universal inmediata, es un hecho indiscutible. Y no es que estemos atacados del bacillus spartacus; al contrario, gozamos de una salud envidiable y tenemos una visión clarísima de las cosas.

Toda evolución cierra su ciclo con una revolución violenta. Somos evolucionistas por naturaleza y revolucionarios por reflexión y temperamento.

Vemos el fondo de las cosas: lo demás nos tiene sin cuidado. El arte está en el espíritu que informa una obra. La vida canta. La necesidad de vivir se impone.

La humanidad doliente quiere vivir. Vislumbra una nueva aurora. Por eso lamentamos que el compañero Rocha no haya sabido colocarse a la altura de los tiempos.

F. G.

"Gaceta Universitaria," de Córdoba.

Los estudiantes cordobeses pegan que da gusto. No se andan por las ramas. Piensan

como obran y obran como piensan: y piensan y obran con una amplitud de miras alarmante... Sacan este órgano revolucionario que si saliera por aquí, donde la mayoría de los estudiantes es engréida, reaccionaria, estúpida y conservadora, provocaría un escándalo y todos sus colaboradores irían a parar con sus huesos a la cárcel. Este es el mejor elogio que podemos tributarle, porque, hoy por hoy, sólo los pícaros no están en presidio.

CARESTIA DE LA VIDA

Sobre este tema el partido socialista dará otra conferencia. (Van 100). Sin duda, el orador, tiene preparada una bobina de papel diario que desenvolverá con indignación ante un público atacado de bulimia. Al finalizar invitará al auditorio a ponerse de pie como protesta, mientras una banda de bombo y bomba preludivará los acordes terribles de una marcha revolucionaria.

La liga patriótica se ocupa también del asunto imprimiendo una resma de papel todos los días. Esta institución es la que gasta más engrudo para abaratar la vida. Además tiene en carpeta un "tambo modelo" y un "comedor" papa. Necesita para realizar esta obra caritativa la friolera de 500.000 pesos: una pavada.

La Biblia cuenta contra la carestía de la vida con más de 3.000 versículos.

El partido unitario organiza conferencias públicas contra los acaparadores y los giorgistas fundaron una revista.

Si seguimos así, pronto se abrirán escuelas gratuitas y se editarán textos a precios populares.

Discépulo compondrá una patochada, Firpo un tango y los secuaces de Gabino Ezeiza vomitarán décimas en la escupidera de "La Pampa Argentina," mientras los eruditos llenarán sus necesidades en "La Prensa."

Nosotros no decimos nada, porque tendríamos que decir mucho. La vida es cara para los pobres y barata para los ricos. Hoy y siempre. Y esta novedad era vieja en tiempos de Matusalén.

Profilaxis inmigratoria

Indudablemente, todos sabrán que en materia médica, profilaxis se llama a la parte de la medicina que trata del modo de preservar las enfermedades; pero, lo que no estarán al corriente, es de que ese mismo término pueda aplicarse en materia política sin que por eso varíe el significado del vocablo. Y a decir verdad, nuestros políticos no pueden estar más acertados. Hacer profilaxis inmigratoria es preservar nuestra sociedad contra las enfermedades que pudieran transmitirnos otros organismos que **no están física ni higiénicamente** a nuestra altura.

Como se ve, tales medidas no pueden ser más radicales y oportunas, y además se basan en los postulados modernos de la medicina que enseña a combatir las enfermedades, evitándolas. Este ya es un gran salto, tan grande como el que separa a un Astorga o un Kune de los contemporáneos de Hipócrates. Pero, medidas tan extremas no están exentas de serios peligros, ya que, en buena lógica, aplicar la medicina es hallar la enfermedad. Y, no obstante, nuestros legisladores, lejos de preocuparse de los caracteres que asume la enfermedad en el organismo social, parecen confirmar aquella sentencia de aldea, que dice: "El médico permanece a la cabecera del enfermo hasta que la medicina lo mata o la naturaleza lo cura."

Esta sustanciosa ironía un tanto injusta cuando se aplica genéricamente, viene en este caso a justificar nuestras sospechas. Pues, mientras la medicina oficial tiende a preservar al enfermo de un posible contagio, mucho tememos que sea en este caso también que la naturaleza se encargue de demostrar la inesperienza de los que se recuestan a su cabecera.

Otro no es el fin que puede esperarse de medidas antojadizas como la que nos ocupa. Sentar el principio de que el mal sólo viene de afuera es muy cómodo y a la vez halagüeño, porque nos pone a salvo de toda acusación importuna, pero suele venir aparejado de un rotundo mentís más elocuente que todas las fórmulas y patrañas inventadas por los simuladores del orden y la libertad.

Y ese mentís daralo precisamente la obra de esos que ahora hacen cuestión de extranjerismo todo movimiento social, para ocultar el verdadero origen del malestar. Cuando hayan encarcelado, deportado y puesto en vigencia la

profilaxis inmigratoria, habránse condenado ellos mismos, porque sin destruir el mal, agotarán las excusas con que ocultaban el verdadero mal: la miseria.

Entonces los diarios **grandes** callarán por **prudencia**, los políticos se encogerán de hombros y sólo el pueblo será el encargado de hacer la verdadera profilaxis...

Serafin Morán.

Progreso y regreso

Todo progreso, en esta sociedad de tragalobas, implica un regreso. Viceversa: todo regreso, implica un progreso. El comunismo científico es un regreso a la vida primitiva. Significa que el hombre vuelve a la naturaleza. La civilización bárbara de los centros corrompidos, donde el hombre se envenena, mata su personalidad, atrofia su cuerpo y se suicida, es el progreso.

Las guerras entre pielesrojas y caribes no fueron tan espantosas como las hecatombes francoprusianas. En Araucanía existía un comunismo práctico; en los países civilizados todavía reina el egoísmo crudo, el robo por asalto y la explotación del hombre por el hombre.

La ciencia progresa en detrimento de la mayoría. La ciencia, en este caso, es como la libertad. El tirano y sus secuaces afianzan su libertad sobre la esclavitud del pueblo.

La ciencia puesta al servicio del capitalismo obra en el organismo de la historia como un elemento extraño. Sirve para afirmar sus privilegios y ahogar todas las aspiraciones populares.

En las digestiones colectivas de la ciencia, el pueblo, lo único que recoge son dolores de barriga. Materialmente, no mejora la situación proletaria; por el contrario, la empeora. Un nuevo invento, acarrea mayor comodidad para cuatro gatos y una serie de tormentos económicos para los trabajadores. Aparece una máquina en escena y desaparecen cien comenzales del banquete de la vida.

Sin embargo, somos tan líricos, que hablamos con énfasis del pararrayos, la locomotora y la luz eléctrica, mientras miles y miles de obreros no tienen velas, viajan sin botines y se abrasan con su prole en los días de tormenta. El pararrayos no es para los pobres. Para los pobres se inventaron los rayos. El

invento se realizó para proteger la bolsa de comercio, las iglesias y el congreso nacional. En los barrios fabriles, en el campo, donde vive y genera la clase trabajadora, no hay pararrayos: hay centellas y cuernos.

Nos llenamos la boca, mentando el ferrocarril y la navegación, cuyos beneficios utiliza la burguesía para explotar mejor las masas obreras o para disipar el tedio en viajes y excursiones de placer. Los pobres no viajan, porque apenas si pueden tenerse en pie. Llegan al mar por dos conductos: cuando se caen o cuando los deportan.

Alabamos la química, física y mecánica, pero echamos de menos que merced al "progreso" de estas ciencias, tenemos cañones estupendos, acorazados monstruosos, balas dundún, gases asfixiantes, tanques y submarinos; todo lo cual fomenta la muerte, la consunción y el asesinato.

¿A esto se llama progreso?

Hablamos con respeto de aeronáutica y aviación. ¿Qué aplicación tuvo la aeronáutica hasta ahora? — Matar hombres, bombardear ciudades, destruir aldeas, sembrar la debacle y el terror.

¿A esto también se llama progreso?

Si el progreso consiste en destripar gente, entonces sí, progresamos que es una barbaridad. En Italia, Alemania y Norte América, sofocan las huelgas con aeroplanos. Los "ases" de la aviación son los peores rompehuelgas aligeros. Por cada medalla que el gobierno coloca en sus pechos, el pueblo planta cien cruces en el cementerio.

Volvemos a repetir: todo progreso implica un regreso y viceversa. Moral teórica e inmoralidad práctica; libertad de papeluchos y esclavitud de hierro; hermanos en poesía y enemigos acérrimos en la realidad.

Hay que regresar a la naturaleza.



Los vagos aristocráticos



El poder ejecutivo acaba de presentar al congreso un proyecto de ley para suprimir la vagancia.

A propósito, leemos en "La Nación," sección "Notas Sociales:"

"Desde Rosario de la Frontera—

"La temporada de baños está este año concurrida como nunca. Cada tren deja en las termas un contingente de viajeros, tan numeroso, que constantemente excede la capacidad de los alojamientos y las dificultades de ubicación que los nuevos pasajeros encuentran, dan lugar a escenas que tienen siempre algún aspecto cómico y que figuran como número infaltable en el programa de las diversiones del día. El más comunicativo buen humor, la alegría más bulliciosa y la más ruidosa animación, constituyen las características de este ambiente que tiene los atractivos de la vida de a bordo, el encanto de la de campo y los halagos de la de salón. Y esto, gozando de un clima espléndido; ante un paisaje de singular belleza y en una compañía especialmente grata. La alegría se manifiesta aquí sin reparos y en toda forma como si el ingenio pro-

curase, acucioso, hallar en toda oportunidad ocasión de regocijo.

"Los mil detalles de la vida diaria que forman el programa habitual, escapan, ciertamente, a la crónica. El corrillo en los baños y en las termas, las bromas constantes e ingeniosas con que la malicia de los unos castiga la buena fe de los otros, el comentario intencionado de algún ocurrente "causer", la crítica lleva de "esprit" con que se analizan los hechos del día, son otras tantas notas que hacen el ambiente, en el cual el spleen no se conoce y la solemnidad resulta una actitud ridícula.

"Se organiza entre el elemento joven, nutridas cabalgatas y arriesgadas excursiones que no restan por cierto a los paseantes agilidad ni entusiasmo para el baile de la noche en el salón del hotel.

"Por la mañana, después del reconfortante baño termal, la glorieta de la "Sulfurosa" se convierte en centro de la más entretenida tertulia y, entre sorbo y sorbo al agua, que surge clara e hirviendo, se comentan las novedades y se formulan los programas del día. El calor pone, después del almuerzo, un breve paréntesis a la inquieta actividad

” de los jóvenes, quienes, entonces, compar-
 ” ten con las personas mayores los tranqui-
 ” los entretenimientos con que aquéllas dis-
 ” traen sus ocios. Una de las notas interesan-
 ” tes de la última semana fué un concierto
 ” que doña María Luisa Padilla de Helgue-
 ” ra organizó a beneficio de la liga patrióti-
 ” ca y que se efectuó el miéresole último con
 ” extraordinario éxito.”

Aquí, la vagancia y el farnientismo in-
 sulso, están reclamando a gritos la pena de
 muerte.

Pero, se nos ocurre pensar que la severidad
 del proyecto y sus reprimendas no caerán so-
 bre esta clase de vagos aristocráticos que rea-
 liza conciertos a beneficio de la liga de los
 atorrantes. Estos parásitos, cuya única preo-
 cupación consiste en despilfarrar para dis-
 traer sus ocios el producto del trabajo ajeno,
 son, sin embargo, vagos de verdad, bigardos
 consuetudinarios, y, además, los culpables di-
 rectos de la “llaga social” que quiere supri-
 mir el estado.

Ellos, crean sus causas y contribuyen a
 mantenerlas. Pero, hoy, todavía, son persona-
 jes honorables, niñas distinguidas, mamás so-
 lemnes y la ley no los alcanza: los protege.

El proyecto va para los otros: vagos a su
 pesar, enfermos de miseria y de dolor, los pa-
 rias de siempre, los eternos acorralados, para
 quienes se prepara nuevas penas, nuevas cár-
 celes.

Entretanto los “diarios serios” alternan el
 aplauso a “las sanas intenciones del gobier-
 no” con una noticia social distinguida y un
 crimen interesante.

LOS NOVECENTISTAS

He aquí una nueva fauna literaria, rebusca-
 dora y aledada de renovación espiritual. Sien-
 te nostalgias crepusculares por la Amada y re-
 pulsión instintiva por la plebe. Los plebeyos
 son los primeros en renegar su estirpe. Allí
 está Carlés como una estaca que habla.

Los novecentistas construyen obras nuevas
 con materiales viejos. Critican todo el orden
 vigente como lo podría hacer cualquier revolu-
 cionario; pero son falsos revolucionarios a la
 manera de Benavente y Rodó. Quien conozca
 “Los intereses creados”, supondrá que su au-
 tor es revolucionario. Sin embargo Benavente
 es en España diputado conservador, ni siquie-

ra radical. Lo mismo hizo Rodó cuando vivía.
 Los falsos revolucionarios creen en la bondad
 de un gobierno ideal, con cárceles ideales siste-
 ma Ferri, con ejércitos ideales y hercas idea-
 les: un idealismo de la peor naturaleza.

Los novecentistas son escépticos. Cultivan la
 duda, el “misterio misterioso,” la tribulación
 espiritual y la mojígatería. Se suponen a sí
 mismos, una excepción en estos tiempos en
 que la humanidad no “piensa más que en re-
 clamarse salarios mejores, sindicalizar, sostener
 luchas groseras, materialistas, deshonestas y
 antimetafísicas.”

Emplean giros como éstos: “el ritmo glauco
 de los versos rubendarianos”, “la luna pálida,
 flácida y ojerosa”, “la inmensidad inmensa-
 mente infinita del macrocosmos”.

Hacen crítica literaria siempre sobre el mis-
 mo molde. Primero observan si hay “psico-
 logía”. Después si es exacto o no es exacto.
 Si hay ambiente, descripción, trama, desenla-
 ce. Si se trata de un cuento en el cual no se
 ha descrito la ritual música de la naturale-
 za, dicen: ¡eso es falso! ¿Y los pajaritos?
 ¿los árboles? ¿la luna?..

Las definiciones que dan ellos mismos son
 heterogéneas. Unos dicen que novecentismo es
 argentinismo; otros, internacionalismo; unos
 cuantos universalismo; y todos, macrocosmis-
 mo.

¿Macrocosmismo, novecentismo? ¿O viejis-
 mo y estupidismo?

UNA PORQUERIA

El ejército rumano—cuyo contingente no es
 capaz de allanar el principado de Mónaco—
 acaba de ocupar Hungría. Los aliados prepa-
 raron, equiparon, prestaron soldados, jefes y
 municiones, y militarmente fueron ellos qui-
 enes ahogaron en sangre la dictadura prole-
 taria. En su afán de pacificación pronto le
 cortarán la cabeza a Bela Kun.

Para ocultar estos trabajos subterráneos,
 remitieron un ultimatum a Rumania, conside-
 rando semejante ocupación como un “aten-
 tado al derecho que los pueblos tienen a re-
 girse por sí mismos.”

Ahora viene la elección del nuevo gabinete
 en Hungría, la cual “será controlada por los
 aliados.”

¡Ah marranos!